

Hechos y sucesos conservaban su propio escenario, y los mismos nombres y las mismas familias recordaban las vicisitudes de la vida pública y privada.

¡Cómo se animaban y revivían los relatos que leí! No eran letra muerta en desconocida balbucencia, sino el pasado entero que ante mí se despertaba. Como si allí estuvieran, veía ir y venir al Emperador, ya un tanto metido en años, pero siempre infatigable y reservadísimo; á Madama madre, la vieja corsa; á Paulina, la dulce y hermosa Venus; á la rubia polaca Walewska; al regañón y fiel Bertrand, al prudente Drouot y al adicto Cambronne. Curiosa é imprevista se dibujaba la página de aquel reinado efímero, en donde se forjó, bajo el velo de marrullerías á lo Sancho Panza, el rayo de la vuelta.

En este libro he reunido todas las impresiones que yo mismo experimenté ó reconstituí.

PABLO GRUYER.

Marzo-Abril 1902 y Mayo 1904.



Busto en mármol de Napoleón, obra del cincel de Canova
(Museo Municipal de Ajaccio)



El golfo de Procchio, el monte Capanne y el monte Giove.

CAPÍTULO PRIMERO

LA ISLA DE ELBA

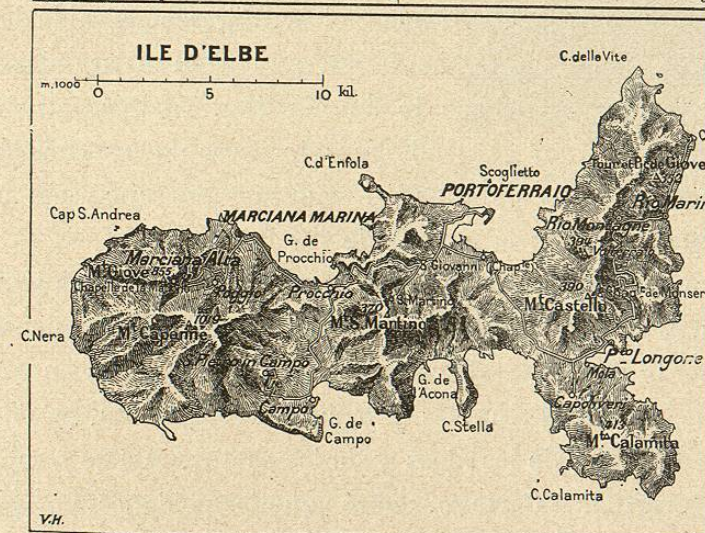
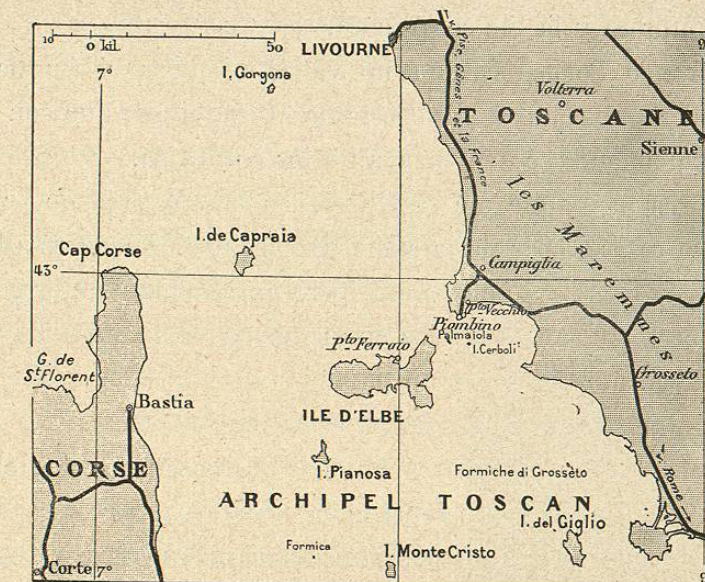
La isla de Elba y el canal de Piombino. — Desembarco en Porto-Ferrajo. — Una ciudad de ópera. — La *Teste di Napoleone* y el Palacio imperial. — La bandera del antiguo rey de la isla de Elba. — La biblioteca del Emperador. — Recuerdo de Victor Hugo. La primera frase del poeta. — Un entierro con antorchas. Caperuzas negras y caperuzas blancas. — En la paz del Limbo. — Diferentes carreteras de la isla. — El golfo de Procchio y la montaña de Júpiter. — Tarde tempestuosa y tristeza sombría. — Subida al monte Giove. — Una aldea en las nubes. — La ermita de la Virgen y la *Sedia di Napoleone*. — El viejo guardián de lo infinito. «¡Bastia, *signor!*» Visión sublime. — La costa oriental de la isla. Capoliveri y Porto-Longone. — La garganta de Montserrat. — Río Marina y el mundo de hierro. — Dos palabras de historia.

La isla de Elba está situada en el Mediterráneo, entre Córcega é Italia, y con las de Gorgona, Capri, Pianosa y Montecristo forma el archipiélago tirreno. Saliendo de Paris en expreso y pasando por Módena, Turín, Génova y Pisa, se llega á la isla en treinta y seis horas y dista sólo doce de Roma. Del ferrocarril de Pisa á Roma parte, á un tercio de vía, en las pantanosas llanuras de Maremmes, un ramal que desde Campiglia va á Piombino, puerto de embarque.

Piombino es el modelo de las antiguas plazas fuertes italianas, de calles angostas, y arcadas y torres de piedra tostada por el sol. No brinda con muchas comodidades ni es prudente pedirle hospitalidad nocturna. Por el lado del mar, sus casas y reductos están cortados á pico, junto á las olas, y en su frente se dibuja en el horizonte la isla de Elba, violácea, montañosa, abrupta y envuelta casi siempre en mantilla de nubes. Once kilómetros dista del continente la punta más próxima de la isla y veinte median hasta Porto-Ferrajo. Dos veces al día sale un vapor, que en una hora presta el servicio de correos y de pasajeros, aunque es preciso ir en barca á bordo del buque, pues no puede éste acercarse á tierra á causa del poco fondo del mar, y de los muchos escollos y arrecifes. Suele ocurrir cuando el tiempo está revuelto y el mar movido, que el buque cabecea violentamente en el canal ó estrecho de Piombino. Algunas veces no puede el buque echar anclas ni la barca se atreve á dejar la orilla para conducir á bordo los equipajes y pasajeros. Entonces es preciso embarcar en el vecino y más seguro puerto de Porto-Vecchio. De Liorna sale otro correo que emplea ocho horas en la travesía, con escalas en Gorgona y Capri. Aunque el viaje no es complicado ni molesto, apenas va nadie á la isla de Elba, ni siquiera los mismos italianos, pues si bien está cerca de Roma, no hay en su suelo otra cosa digna de verse que vastas haciendas rurales. En cuanto á los turistas extranjeros, ya se sabe que son rebaños que no se apartan del itinerario previamente trazado. Pero, ¿no es común destino de todas las islas el quedar preteridas? Es preciso ir adrede á ellas, y cuando estáis en alguna, parece que os empujan para salir, como si temierais quedar prisioneros.

La isla de Elba ha sido varias veces francesa, y aunque actualmente es italiana, tiene mucha analogía con Córcega por el clima y por las costumbres de sus habitantes. Ya se haga el viaje desde

ásperas y armoniosas, como, por ejemplo, la famosa de Nápoles. Sobre escarpado promontorio, que, en forma de media luna, da frente á las olas, se levanta una ciudad cuyas casas se aprietan unas contra otras



MAPA DE LA ISLA DE ELBA

Su situación en el mar Tirreno. Mapa geogr.

escollera cubierta de casas y termina en una antigua torre genovesa, de forma extraña, rechoncha y de color rojo, dormitan sobre el agua, negra de puro azul, grandes lanchas pintadas de verde subido, con las velas arrolladas á los mástiles, parecidos á antenas de coleóptero. El color deslumbra y la luz se quiebra.

Tal apareció Porto-Ferrajo á mi vista, mientras el buque atracaba junto al muelle, entre el vocerío de los faquines, que con manoteos y gesticulaciones se abalanzaban á los equipajes.

Díme prisa para que me condujeran á la *Hostería de la Abeja elbana*, título recordatorio de la abeja napoleónica. Encontré allí buen servicio, buena cama y buena mesa, pero extrañéme de que por postres me trajeran guisantes crudos en la misma vaina y judías tiernas también crudas, puestas sobre un pámpano de vid. Me pareció que los demás comensales se regodeaban con estas legumbres.

Pregunté por las personas á quienes iba recomendado: el señor Manuel Camera de Asarta, gobernador interino, por ausencia del titular, quien puso á mi disposición toda su influencia; el señor Toniatti, agente consular de Francia; el Sr. Bigeschi, alcalde de Porto-Ferrajo, y el excelente cura Soldani, sin olvidar en mi agradecimiento al señor del Buono, propietario de San Martino. También otras personas tienen derecho á mi gratitud, pues de pocas partes conservo tan gratos recuerdos de la afabilidad y solicitud con que cada cual se apresuró á serme útil en la medida de sus fuerzas.

Observo con gusto que la gente se complace en darme toda clase de informes, y no hay quien no simpatice con *el francés* que se pasea por las calles de Porto-Ferrajo, singular ciudad de calles en escalera, con bóvedas, casamatas, túneles y bajadas vertiginosas, en donde se arremolinan las hojas de los álces y de los cactus. Así se complace el espíritu en imaginar á Cartago. Sobre aquellos peldaños, en la encrucijada deslumbrante de sol, se nos antoja ver la litera de Salambó; y allá arriba, entre aquellas aspilleras que proyectan sobre el cielo, de azul tan sombrío como el mar, su cobrizo y anguloso perfil, nos representamos la velluda silueta de un mercenario en actitud de engrasar el arco y pulimentar su maza.

Un hombre, que nada tiene de cartaginés, se me acerca y desahaciéndose en saludos me dice: «¡Señor! Venid á ver la cabeza de

Napoleón y su sepulcro.» Pensé que el buen isleño me tomaba por un necio, creído de que ignoraba yo si el Emperador había muerto en Elba ó en Santa Elena, y así me limité á responderle con ademán negativo y apresuré el paso para esquivar sus frases de «nobilísimo señor» y sus gesticulaciones de molino de viento. Pero el cicerone italiano no abandona tan fácilmente su presa y el buen hombre me siguió repitiendo: «¡Sí, sí, la cabeza! ¡El emperador Napoleón! ¡La cabeza!» Y como en aquel punto pasáramos por delante de una iglesia, levantó más el grito y señalándome la puerta con el dedo, decía: «¡Aquí, señor, aquí mismo!»

Entré en la iglesia, movido de curiosidad y esperanzado de sustraerme en aquel santo recinto á la importunidad del cicerone; pero ya había ido éste á casa del conserje, quien llegaba con la llave de la sacristía, en donde vi un suntuoso féretro de reluciente ébano, en el que campeaba la *N* y en cuyos cuatro ángulos había otros tantos candelabros de madera



Cabeza de bronce de Napoleón, en una iglesia de Porto-Ferrajo.

plateada con sus cirios. Me estaba yo preguntando qué quería decir aquello, cuando el conserje levantó la gozneada tapa del ataúd, dejando al descubierto la rígida é inmóvil cabeza del Emperador, con los ojos cerrados... Una cabeza de bronce, según me demostró el cicerone, golpeándola suavemente. Honda fué la emoción experimentada, pues no suponía que el féretro encerrase aquella trágica mascarilla, reproducción de la que el doctor Antommarchi moldeó en Santa Elena sobre el cadáver del Emperador. Al choque de los dedos del cicerone produjo el bronce un sonido sordo, como un hipo, que, rompiendo el silencio de la iglesia, resonó de bóveda en bóveda hasta extinguirse su última vibración. Pronto supe que á falta de la tumba de su rey de un día, la isla de Elba tributaba á aquel falso sepulcro los mismos honores que si fuese verdadero. El 5 de Mayo, aniversario